

Kate Atkinson

**LA MECANÓGRAFA**

Traducción de Patricia Antón

Título original: *Transcription*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Kate Costello, Ltd., 2018  
© de la traducción: Patricia Antón, 2019  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-440-5  
Depósito legal: M. 20.439-2019  
Printed in Spain

*Para Marianne Velmans*



«En tiempos de guerra, la verdad es tan valiosa que debería ir siempre acompañada de una escolta de mentiras.»

WINSTON CHURCHILL

En el año 1931, siendo sir John Reith director general, los miembros del primer consejo de radiodifusión dedican este templo de las artes y las musas a Dios Todopoderoso y le ruegan que la siembra de esta buena semilla produzca una buena cosecha, que todo lo que es contrario a la paz o a la pureza quede proscrito de esta casa, y que el pueblo, inclinándose a escuchar todo aquello que sea hermoso, honesto y bien reputado, pueda hollar el camino de la sabiduría y la rectitud.

TRADUCCIÓN DE LA INSCRIPCIÓN LATINA DEL VESTÍBULO  
DE LA CASA DE LA RADIO DEL REINO UNIDO

C Significa «Cero», la hora todavía durmiente  
en que la vieja Inglaterra muere y despierta una naciente.

DE «EL ALFABETO DE LA GUERRA» DEL RIGHT CLUB



1981





## La hora de los niños

---

—¿Señorita Armstrong? Señorita Armstrong, ¿me oye?

Sí le oía, aunque no parecía capaz de responder. Estaba gravemente dañada. Rota. La había atropellado un coche. Podía haber sido culpa suya, porque iba distraída: había vivido tanto tiempo en el extranjero que probablemente había mirado en la dirección equivocada al cruzar la calle Wigmore bajo el crepúsculo veraniego. «Entre la oscuridad y la luz.»

—¿Señorita Armstrong?

¿Un policía? O el camillero de la ambulancia. Alguien del servicio público, alguien que debía de haber mirado en su bolso y encontrado algo con su nombre escrito. Había asistido a un concierto, de Shostakóvich. Los cuartetos de cuerda, los quince desgranados en porciones de tres al día en el Wigmore Hall. Era miércoles: el séptimo, el octavo y el noveno. Supuso que ahora se perdería el resto.

—¿Señorita Armstrong?

En junio de 1942 había asistido al estreno de su séptima sinfonía, *Leningrado*, en el Royal Albert Hall. Un conocido le había conseguido una entrada. La sala estaba llena hasta la bandera y la atmósfera era electrizante, magnífica: todo el público se sintió identificado con los sitiados. Y también con Shostakóvich. Como si la música hubiera henchido el cora-

zón a todos a la vez. Fue hace tanto tiempo... Qué poco significaba ahora.

Los rusos habían sido sus enemigos y luego fueron aliados, y después volvieron a ser enemigos. Lo mismo pasó con los alemanes: fueron el gran enemigo, el peor de todos, y ahora eran nuestros amigos, uno de los pilares de Europa. Cuánta palabrería inútil. Guerra y paz. Paz y guerra. Seguiría así siempre, sin fin.

—Señorita Armstrong, solo voy a ponerle un collarín.

Se encontró pensando en su hijo. Matteo. Tenía veintiséis años y era resultado de una breve relación con un músico italiano: ella había vivido en Italia muchos años. El amor de Juliet por Matteo había sido una de las abrumadoras maravillas de su vida. Estaba preocupada por él; vivía en Milán con una chica que lo hacía desgraciado, y a eso era a lo que daba vueltas en la cabeza cuando el coche la atropelló.

Tendida en la acera de la calle Wigmore, rodeada de transeúntes preocupados, supo que lo suyo no tenía solución. Solo tenía sesenta años, si bien era probable que su vida hubiera sido ya bastante larga. Sin embargo, de repente todo parecía una ilusión, un sueño ajeno. Qué cosa tan extraña era la existencia.

Iba a celebrarse una boda real. En el momento preciso en que ella yacía en esa calzada londinense con aquellos amables extraños a su alrededor, en algún lugar calle arriba una virgen se preparaba para ser ofrecida como sacrificio para satisfacer la necesidad de pompa y ostentación. Había banderas británicas cubriéndolo todo. Estaba en casa, sin duda. Por fin.

—Ay, esta Inglaterra —murmuró.

1950



## ¡Señor Toby! ¡Señor Toby!

---

Juliet salió del metro y echó a andar por Great Portland. Al consultar el reloj, comprobó que llegaba sorprendentemente tarde al trabajo. Se había dormido, consecuencia de haberse quedado hasta altas horas en la Belle Meunière, en la calle Charlotte, con un hombre que había ido resultando menos interesante a medida que avanzaba la velada. La inercia, o quizá el aburrimiento, la había retenido en la mesa, aunque especialidades de la casa como la *viande de boeuf Diane* y las crepes Suzette habían contribuido.

Aquel compañero de mesa un tanto deslucido era un arquitecto que decía estar «reconstruyendo el Londres de la posguerra». «¿Tú solo?», le había preguntado ella con cierta aspereza. Le permitió que la besara —brevemente— cuando la acompañó hasta un taxi al final de la noche. Más por educación que por deseo. Al fin y al cabo, la había invitado a cenar y ella había sido más mezquina de lo necesario, aunque él no pareció notarlo. En su conjunto, la velada le había dejado una sensación más bien amarga. «Soy una decepción para mí misma», pensó cuando el edificio de la Casa de la Radio apareció ante su vista.

Juliet era productora en la Sección Educativa, y según se acercaba a Portland Place se le cayó el alma a los pies ante la perspectiva de la aburrida jornada que la esperaba: una reu-

nión de departamento con Prendergast, seguida de una grabación de *Vidas pasadas*, una serie de la que se ocupaba en sustitución de Joan Timpson, que tenía que someterse a una operación. («Nada del otro mundo, querida.»)

La Sección Educativa había tenido que trasladarse recientemente desde el sótano de la Casa del Cine, en Wardour Street, y Juliet echaba de menos el chabacano deterioro del Soho. La BBC no tenía espacio para ellos en la Casa de la Radio, por lo que los habían relegado a la acera de enfrente, al número 1, y desde allí contemplaban, no sin cierta envidia, aquel edificio que era su buque insignia, el gran transatlántico de múltiples cubiertas, que a base de frotar ya se había despojado del camuflaje de los tiempos de guerra y cuya proa se abría paso hacia una nueva década y un futuro incierto.

A diferencia de las constantes idas y venidas en la otra acera, el edificio de la Sección Educativa estaba tranquilo cuando Juliet llegó. La jarra de vino tinto que había compartido con el arquitecto le había dejado la cabeza muy embotada, y fue un alivio no tener que participar en el habitual intercambio de saludos matutinos. La recepcionista miró el reloj de manera bastante significativa cuando vio entrar por la puerta a Juliet. La chica tenía una aventura con un productor del Servicio Mundial y parecía creer que eso la autorizaba a ser descarada. Las recepcionistas de la Sección Educativa iban y venían con una rapidez asombrosa. A Juliet le gustaba imaginar que algo monstruoso se las comía —un minotauro que habitaba en las laberínticas entrañas del edificio, tal vez—, aunque en realidad simplemente las trasladaban a los departamentos más glamurosos del otro lado de la calle, en la Casa de la Radio.

—La línea Circle llevaba retraso —dijo Juliet, aunque no sintiera mucha necesidad de darle una explicación a la chica, fuera cierta o no.

—¿Otra vez?

—Sí, en esa ruta el servicio va fatal.

—Eso parece. —(¡Qué descaro, la chica esta!)—. La reunión con el señor Prendergast es en el primer piso. Supongo que ya habrá empezado.

—Yo también lo supongo.

—Un día en la vida laboral —les decía Prendergast, muy serio, a los pocos reunidos en torno a la mesa.

Había varias personas ausentes, advirtió Juliet. Las reuniones de Prendergast requerían cierto aguante.

—Ah, señorita Armstrong, aquí está —dijo Prendergast cuando la vio—. Empezaba a pensar que se había perdido.

—Pero ya me he encontrado —repuso Juliet.

—Estoy reuniendo nuevas ideas para programas. Una visita al herrero en su forja, por ejemplo. La clase de tema que interesa a los niños.

Juliet no podía recordar haber tenido el menor interés de niña en una forja. Ni ahora, de hecho.

—Salir con un pastor y su rebaño —insistió Prendergast—. En la temporada de cría de corderos, tal vez. A todos los niños les gustan los corderos.

—¿No tenemos ya bastante sobre granjas con *Escuelas rurales*? —intervino Charles Lofthouse.

Charles se había dedicado a «pisar el escenario» hasta que la bomba del Café de París de 1941 le voló una pierna y ya no pudo pisar nada más. Ahora tenía una pierna ortopédica que nadie confundiría nunca con una de verdad. Eso hacía que la gente fuera amable con él, aunque no tenían ningún motivo real para serlo, ya que era más bien mordaz y la pérdida de una pierna no parecía haberlo mejorado en lo más mínimo. Era el productor a cargo de la serie *Club de exploradores*. A Juliet no se le ocurría nadie menos adecuado.

—Pero los corderos le gustan a todo el mundo, no solo a los niños del campo —protestó Prendergast.

Era el director general de programación y, por lo tanto, de una forma u otra, todos eran su rebaño, supuso Juliet. Miró distraída hacia la coronilla de Daisy Gibbs, pulcramente esquilada, mientras Prendergast hablaba. Tenía problemas de visión (lo habían gaseado durante la Primera Guerra Mundial) y rara vez lograba mirar a nadie a los ojos. Metodista devoto, era un predicador laico y tenía verdadera «inclinación» pastoral, algo que le había confiado a Juliet en la cafetería, ante una taza de un té penosamente flojo, seis meses atrás, cuando ella regresó a Londres tras haberse ocupado de *La hora de los niños* en Mánchester y comenzar en la Sección Educativa.

—Confío en que usted comprenda el concepto de vocación, señorita Armstrong.

—Sí, señor Prendergast —contestó Juliet, porque parecía una respuesta mucho más simple que «No». La experiencia le había enseñado ciertas cosas.

Trató de pensar a qué perro le recordaba aquel hombre. Un bóxer, quizá. O un bulldog inglés, arrugado y más bien lúgubre. ¿Qué edad tendría Prendergast?, se preguntó. Llevaba en la BBC desde el inicio de los tiempos, pues se había unido a la corporación en su pionera infancia, cuando la dirigía Reith y tenía su sede en Savoy Hill. La Sección Educativa era sagrada para Prendergast: niños, corderos y esas cosas.

—El problema con Reith, por supuesto —añadió—, es que en realidad no quería que la gente disfrutara con la radio. Era terriblemente puritano. La gente debería pasarlo bien, ¿no creéis? Todos deberíamos vivir con alegría.

Prendergast pareció perderse en sus pensamientos —sobre la alegría, o más bien sobre su ausencia, supuso Juliet—, pero entonces, al cabo de unos segundos, recobró la compostura



con un ligero estremecimiento. Era un bulldog, no un bóxer, decidió ella. ¿Viviría solo?, se preguntó. El estado civil de Prendergast no estaba claro, y nadie parecía tener suficiente interés en preguntarle sobre el tema.

—La alegría es un objetivo admirable —repuso Juliet—. Pero completamente inalcanzable, por supuesto.

—Vaya, querida. Cuánto escepticismo en alguien tan joven.

Juliet le tenía cariño, aunque quizá fuera la única. Los hombres maduros de cierta clase se sentían atraídos por ella. De algún modo, parecían querer volverla mejor. Juliet tenía casi treinta años y no sentía la necesidad de grandes mejoras. La guerra ya se había ocupado de eso.

—Algo en el mar con los pesqueros de arrastre —sugirió ahora Lester Pelling.

A Juliet Lester le recordaba a una de las desafortunadas jóvenes ostras de Lewis Carroll, tan «ansiosas por regalarse». Era técnico auxiliar de programación y solo tenía diecisiete años; apenas le había cambiado la voz. ¿Qué hacía en esa reunión?

—Exactamente. —Prendergast asintió con expresión benévola.

—Mi padre era... —empezó a decir Lester Pelling, pero lo interrumpió otro afable «Exactamente» de Prendergast, que levantó la mano en un gesto más papal que metodista.

Juliet se preguntó si alguna vez llegarían a saber qué era el padre de Lester Pelling. ¿Un pescador de arrastre, un héroe de guerra, un lunático...? ¿Un hombre rico, un hombre pobre, un mendigo, un ladrón...?

—Historias cotidianas de la gente de campo, ese tipo de cosas —añadió Prendergast.

¿Sabía que Beasley, en la BBC de la Región Central, trabajaba en una idea para una serie por el estilo? Una especie de

programa de información agrícola disfrazado de ficción, una especie de «Dick Barton granjero», como Juliet lo había oído describir. (¿Quién demonios querría escuchar algo así?) Sintió cierta curiosidad. ¿Prendergast le robaba las ideas a otra gente?

—Algo sobre el trabajo en una fábrica de algodón —sugirió Daisy Gibbs.

Daisy miró a Juliet y sonrió. Era la nueva secretaria auxiliar de programación, recién llegada de Cambridge y más competente de lo estrictamente necesario. Había algo críptico en ella que Juliet seguía sin comprender. Al igual que ella, Daisy no tenía formación como docente. («No es ningún inconveniente —dijo Prendergast—, en absoluto. Posiblemente todo lo contrario.»)

—Ay, no, señorita Gibbs —repuso Prendergast—. La emisora de la Zona Norte sin duda querrá quedarse con la industria, ¿no es así, señorita Armstrong?

Como ella venía de Mánchester, consideraba a Juliet su experta en todo lo referente al norte.

Cuando terminó la guerra y su país, encarnado en la Agencia de Seguridad, le hizo saber que ya no la necesitaba, Juliet se trasladó al otro gran monolito nacional e inició su carrera en la radiodifusión, aunque incluso ahora, al cabo de cinco años, no conseguía considerarlo una carrera, solo algo que hacía de casualidad.

Los estudios de la BBC en Mánchester estaban encima de un banco, en Piccadilly. A Juliet la habían contratado como Locutora. Así, con mayúscula inicial. («¡Una mujer!», decían todos, como si nunca hubieran oído hablar a una mujer.) Todavía tenía pesadillas con el Departamento de Continuidad: el miedo al silencio o a decir algo mientras sonaba alguna señal, o simplemente a quedarse sin habla. No era un trabajo para pusilánimes. Una noche en la que le tocaba guardia lle-

gó un aviso de la policía: de vez en cuando podía ocurrir que alguien estuviera muy grave y que necesitaran encontrar a un familiar con urgencia. En esa ocasión estaban buscando al hijo de alguien «que supuestamente se encontraba en el área de Windermere» cuando un gato apareció de repente en Continuidad (antiguamente el armario de las escobas). El gato, que era anaranjado —la peor clase de gato, en opinión de Juliet—, había saltado sobre el escritorio y la había mordido, bastante fuerte, de modo que no pudo evitar soltar un pequeño grito de dolor. Luego el animal se puso a dar vueltas por el escritorio y acabó frotando el micrófono con la cara, con un ronroneo tan sonoro que cualquiera que estuviera escuchando debió de pensar que en el estudio había una pantera suelta, y muy satisfecha por haber matado a una mujer.

Finalmente, alguien agarró al maldito bicho por el cogote y lo sacó de allí. Entre estornudos, Juliet consiguió llegar al final del anuncio y después se equivocó al dar entrada a *La trucha* de Schubert. El lema de la corporación era «Perseverancia». Una vez que Juliet estaba presentando a la orquesta Hallé —Barbirolli dirigiendo la *Patética* de Chaikovski—, le sobrevino una tremenda hemorragia nasal justo cuando empezaba a decir: «Emitimos desde la BBC en el Norte». Consiguió hacer acopio de valor recordando que en 1940 estaba escuchando *Las noticias de las nueve* cuando oyó una bomba explotar en directo. («Ay, por Dios, que no hayan volado la BBC», pensó.) El presentador, Bruce Belfrage, hizo entonces una pausa durante la que se oyó el terrible estruendo inmediatamente posterior al estallido de una bomba y luego se distinguió apenas una voz débil que decía: «No pasa nada», y Belfrage prosiguió como si tal cosa; igual que Juliet, a pesar de que su escritorio estaba salpicado de sangre (la suya, que en general resultaba siempre más alarmante que la de otra persona). Alguien le había puesto un manojo de llaves frías

en la espalda, un remedio que no estaba comprobado que funcionara.

En la BBC sí había pasado algo, por supuesto, pues en los pisos superiores había siete miembros del equipo muertos, pero Belfrage no podía saberlo, y aunque lo hubiera sabido habría continuado igualmente.

En aquella época Juliet estaba tan acostumbrada a escuchar las poco audibles conversaciones de Godfrey Toby en Dolphin Square que se preguntó si sería la única que había oído aquel débil mensaje de confianza. Quizá fuera esa la razón del atractivo que le había visto a trabajar en la BBC después de la guerra. «No pasa nada.»

Era casi la hora de comer cuando la reunión de Prendergast consiguió llegar a trompicones a un final poco concluyente.

—¿Va a comer en la cafetería por casualidad, señorita Armstrong? —preguntó Prendergast antes de que ella consiguiera escapar.

En el número 1 tenían su propia cafetería, pero no era ni la sombra de la que había en el sótano del buque insignia, al otro lado de la calle, y Juliet intentaba evitar su atmósfera llena de humo y más bien fétida.

—Me temo que he traído unos sándwiches, señor Prendergast —respondió con aire compungido. Con él resultaba muy útil hacer un poco de teatro—. ¿Por qué no se lo pregunta a *Fräulein* Rosenfeld?

*Fräulein* Rosenfeld, que era austríaca aunque todos insistían en referirse a ella como alemana («Es lo mismo», decía Charles Lofthouse), era su asesora de alemán. Ya cumplidos los sesenta, «la *Fräulein*», como la llamaban a menudo, era corpulenta, vestía muy mal y se tomaba tristemente en serio incluso las cosas más triviales. Vino en 1937 para asistir a

una conferencia sobre ética y tomó la sabia decisión de quedarse. Y después de la guerra, naturalmente, no le quedaba nadie con quien volver. Una vez le enseñó a Juliet una fotografía: cinco chicas bonitas disfrutando de un pícnic mucho tiempo atrás. Vestidos blancos y grandes cintas blancas en el largo cabello oscuro.

—Mis hermanas —explicó *Fräulein* Rosenfeld—. Yo estoy en el medio, ahí. —Señaló tímidamente a la menos guapa de las cinco—. Era la mayor.

A Juliet le caía bien *Fräulein* Rosenfeld, tan profundamente europea cuando todos los que la rodeaban eran tan profundamente ingleses. Antes de la guerra, *Fräulein* Rosenfeld era una persona distinta —profesora de filosofía en la Universidad de Viena—, y Juliet supuso que cualquiera de esas cosas —la guerra, la filosofía, Viena...— era capaz de volverte triste y seria, y quizá también de hacer que vistieras mal. Para Prendergast supondría todo un desafío conseguir que la comida fuera alegre.

\*

En realidad era cierto: Juliet había traído unos sándwiches, de mayonesa y huevo; esa mañana había cocido uno a toda prisa mientras deambulaba bostezando por la cocina. Estaban solo a principios de marzo, pero ya se notaba en el ambiente un radiante atisbo de la primavera, y pensó que estaría bien comer al aire libre para variar.

En Cavendish Square Gardens no le costó mucho encontrar un banco libre, pues nadie más era tan tonto, claramente, como para considerar que hacía suficiente calor para comer fuera. La hierba lucía un rubor de azafrán y los narcisos brotaban con valentía de la tierra, pero aquel sol anémico no daba calor y Juliet no tardó en sentirse aterida de frío.

El sándwich no fue ningún consuelo: era una cosa insulsa y gomosa, muy lejos del *déjeuner sur l'herbe* que había imaginado esa mañana; aun así, se lo comió como una buena chica. Hacía poco había adquirido un libro de Elizabeth David, *Cocina mediterránea*. Una compra optimista. El único aceite de oliva que pudo encontrar lo vendían en botellitas en la farmacia local.

—¿Es para reblandecer el cerumen? —le preguntó el farmacéutico cuando lo estaba pagando.

Juliet supuso que en algún lugar habría una vida mejor; ojalá pudiera tomarse la molestia de encontrarla.

Cuando se terminó el sándwich, se puso en pie para sacudirse las migas del abrigo y provocó la alarma de una atenta comitiva de gorriones, que levantaron el vuelo todos a una y se alejaron revoloteando con sus polvorientas alas londinenses, listos para volver a las migajas tan pronto como ella se hubiera ido.

Juliet emprendió de nuevo el camino hacia la calle Charlotte; no hacia el restaurante de la noche anterior, sino hacia Moretti, un café cerca del teatro Scala al que iba de vez en cuando. Fue al pasar por el final de la calle Berners cuando lo vio.

—¡Señor Toby! ¡Señor Toby!

Juliet aceleró el paso y lo alcanzó cuando estaba a punto de girar la esquina hacia la calle Cleveland. Le tiró de la manga del abrigo. Un gesto atrevido, le pareció. En cierta ocasión lo había sobresaltado haciendo lo mismo cuando quiso devolverle un guante que se le había caído. Recordó haber pensado: ¿no es así como una mujer indica sus intenciones a un hombre, dejando caer un pañuelo coqueto, un guante insinuante? «Vaya, gracias, señorita Armstrong —había dicho él

en aquel momento—. Después me habría estado preguntando desconcertado por su paradero.» El galanteo no se les había pasado por la cabeza a ninguno de los dos.

Ahora había logrado que se detuviera. Se volvió sin parecer sorprendido, por lo que ella tuvo la seguridad de que la habría oído gritar su nombre. La miró fijamente, esperando a que dijera algo más.

—¿Señor Toby? Soy Juliet, ¿se acuerda de mí? —(¡Cómo podía no recordarla!) Los transeúntes tenían que evitarlos al pasar. «Formamos una pequeña isla», pensó—. Soy Juliet Armstrong.

Él saludó con el sombrero —uno de fieltro gris que ella creyó reconocer— y esbozó una sonrisita.

—Lo siento, señorita... ¿Armstrong? Creo que me ha confundido con otro. Que tenga un buen día —zanjó, dio media vuelta y echó a andar otra vez.

Era él, Juliet sabía que era él. La misma figura (un tanto corpulenta), la cara adusta, un poco de sabihondo, las gafas de carey, el viejo sombrero... Y, finalmente, la prueba irrefutable —y bastante perturbadora—: el bastón con la empuñadura de plata.

Lo llamó por su verdadero nombre.

—John Hazeldine.

Nunca lo había llamado así. A sus oídos sonó como una acusación.

Él se detuvo, dándole la espalda. En los hombros de su grasienta gabardina se veía un polvillo de caspa. Parecía la misma que había llevado durante toda la guerra. ¿Nunca se compraba ropa? Juliet esperaba que se volviera y negara otra vez ser quien era, pero se limitó a echar a andar de nuevo al cabo de un instante, dando golpecitos con el bastón en el pavimento gris de Londres. La había rechazado. «Como si fuera un guante», pensó.

«Creo que me ha confundido con otro.» Qué extraño volver a oír su voz. Era él, sin duda, ¿por qué habría fingido lo contrario?, se preguntó Juliet desconcertada mientras se instalaba en una mesa en el Moretti y le pedía un café al malhumorado camarero. Antes de la guerra frecuentaba ese sitio. El nombre era el mismo, aunque el propietario era otro. El local era pequeño y estaba un tanto descuidado, con los manteles a cuadros rojos y blancos nunca del todo limpios. El personal parecía cambiar constantemente y nadie la saludó ni pareció reconocerla, lo que en sí mismo no le resultaba desagradable. Era un sitio horrible, en realidad, pero ella era propensa a ir allí. Era como un ovillo dentro del laberinto que le permitía regresar al mundo de antes de la guerra, a la Juliet de antes de la guerra. La ingenuidad y la experiencia se daban la mano en el ambiente grasiento y viciado del café Moretti. Cuando regresó a Londres, había sentido cierto alivio al descubrir que seguía existiendo. Muchas otras cosas habían desaparecido. Encendió un cigarrillo y esperó su café.

Los clientes que frecuentaban la cafetería eran en gran parte extranjeros de un tipo u otro, y a Juliet le gustaba sentarse y simplemente escuchar, tratando de descifrar la procedencia de los distintos acentos. Cuando empezó a acudir allí, el señor Moretti en persona se ocupaba de la cafetería. Era siempre atento con ella, la llamaba «signorina» y le preguntaba por su madre. («¿Cómo está su *mamma*?») Tampoco era que el señor Moretti conociera a su madre, pero así eran los italianos, suponía Juliet. Sentían más entusiasmo por las madres que los británicos.

Ella siempre respondía: «Muy bien, gracias, señor Moretti», sin sentirse nunca lo bastante audaz como para decir «signor» en lugar de «señor», pues le parecía una intrusión demasiado atrevida en territorio lingüístico ajeno. El hombre anónimo que se encontraba actualmente detrás de la barra



del café Moretti decía ser armenio y nunca le preguntaba nada a Juliet, y menos aún por su madre.

Había mentido, por supuesto. Su madre no estaba bien, en absoluto; de hecho, se estaba muriendo, en Middlesex, no muy lejos del Moretti, pero Juliet prefirió el subterfugio de una madre llena de salud.

Antes de estar demasiado enferma para trabajar, su madre fue modista, y Juliet se había acostumbrado a oír a las «damas» que eran sus clientas quejándose de los tres tramos de escaleras que las llevaban a su pequeño piso de Kentish Town a fin de permanecer tiasas y firmes en sus corsés y sus amplios sostenes mientras les probaban prendas llenas de alfileres. A veces Juliet las sostenía para ayudarlas a mantener su precario equilibrio sobre un pequeño taburete de tres patas mientras su madre, de rodillas, las rodeaba poniéndoles alfileres en el dobladillo. Entonces su madre se puso demasiado enferma incluso para los trabajos de costura más simples y las damas dejaron de acudir. Juliet las había echado de menos: le daban palmaditas en la mano y caramelos y se interesaban por sus buenos resultados en la escuela. («Qué hija tan inteligente tiene, señora Armstrong.»)

Su madre había economizado, ahorrado y trabajado durante horas interminables para que Juliet progresara, puliéndola para un futuro brillante; le pagó clases de ballet y de piano, e incluso de dicción, que le daba una mujer en Kensington. A Juliet le concedieron una beca para estudiar en un colegio privado, una escuela llena de chicas decididas y de personal femenino aún más decidido. La directora le sugirió que estudiara lenguas modernas o derecho en la universidad. ¿O tal vez debería hacer el examen para entrar en Oxbridge?

—Buscan chicas como tú —le dijo la directora, pero no dio más detalles sobre a qué clase de chica se refería.

Juliet dejó de ir a ese colegio y dejó de prepararse para aquel futuro brillante para poder cuidar de su madre —siempre habían sido solo ellas dos—, y cuando esta murió, no lo retomó. De algún modo, le pareció imposible. Aquella chica a la que tanto ansiaba complacer, la dotada alumna de secundaria, que jugaba al hockey de extremo izquierdo, que era el alma del club de teatro y que en el colegio practicaba piano casi cada día (porque en casa no había sitio para un piano); esa chica, que era una exploradora entusiasta y que amaba el teatro y la música y el arte; esa chica, transmutada por el pensar, había desaparecido. Y, en lo que a Juliet respectaba, en realidad nunca había vuelto.

Se había acostumbrado a acudir al Moretti siempre que su madre recibía tratamiento hospitalario, y era allí donde estaba cuando murió. Era solo «cuestión de días», según el médico que había ingresado a su madre en una sala del hospital Middlesex aquella mañana.

—Ha llegado la hora —le dijo a Juliet. ¿Entendía lo que significaba eso? Sí que lo entendía, contestó Juliet. Significaba que estaba a punto de perder a la única persona que la quería. Tenía diecisiete años y la pena que sentía por sí misma era casi tan grande como la que sentía por su madre.

Como nunca lo había conocido, Juliet no sentía nada por su padre. Su madre había sido algo ambivalente respecto al tema y Juliet parecía ser la única prueba de su existencia. Fue un marino mercante que murió en un accidente y al que sepultaron en el mar antes de que Juliet naciera, y aunque a veces se entregaba al capricho de evocar sus ojos perlados y sus huesos coralinos, el hombre en sí la dejaba un poco fría.

La muerte de su madre, por otro lado, exigía lirismo. Cuando la primera palada de tierra fue a dar contra el ataúd, Juliet se quedó casi sin aliento. Su madre se asfixiaría bajo toda aquella tierra, pensó, pero ella también se estaba asfi-

xiando. Le vino una imagen a la cabeza: los mártires que morían aplastados por las piedras que se les amontonaban encima. «Eso me pasa a mí —pensó—, la pérdida me aplasta.»

«No busques metáforas complicadas», le decía su profesora de lengua sobre sus trabajos escolares, pero la muerte de su madre reveló que no había metáfora alguna demasiado aparatosa para expresar el dolor. Era una cosa terrible y hacía falta adornarla.

El día en que murió su madre hacía un tiempo horrible, húmedo y ventoso. Juliet se quedó en su cálido refugio en el Moretti todo el rato posible. Para comer se tomó unas tostadas con queso; las tostadas con queso que preparaba el señor Moretti eran infinitamente mejores que cualquiera de las cosas que se hacían en casa («Es queso italiano —le explicó—. Y pan italiano»), y luego luchó con su paraguas todo el camino por la calle Charlotte para volver a Middlesex. Cuando llegó a la sala del hospital, descubrió que no era prudente creerse nada de lo que le dijeran. Resultó que para su madre no había sido «cuestión de días», sino solo de unas horas, y que había muerto mientras Juliet disfrutaba de su comida. Cuando la besó en la frente, todavía estaba caliente y aún se oía el leve aroma de su perfume —muguete— bajo los espantosos olores del hospital.

—No has llegado por muy poco —le dijo la enfermera, como si la muerte de su madre fuera un autobús o el estreno de una obra, cuando en realidad era el desenlace de su drama.

Y ahí acabó la cosa. *Finito.*

También fue el fin para el personal del Moretti, ya que cuando se declaró la guerra los internaron a todos y ninguno de ellos regresó. Juliet se enteró de que el señor Moretti se hundió con el *Arandora Star* en el verano de 1940, junto con

cientos de compatriotas encarcelados. Muchos de ellos, como el señor Moretti, se dedicaban al negocio de la restauración.

—Es un maldito incordio —se quejó Hartley—. Ya no puedes conseguir que te sirvan como es debido en Dorchester. —Pero Hartley era así.

A Juliet le ponía melancólica volver al local de Moretti, y aun así lo hacía. El desánimo que sentía al recordar a su madre le proporcionaba una especie de lastre, un contrapeso a lo que era (en opinión de Juliet) su propio carácter, superficial y más bien despreocupado. Para ella su madre había representado una forma de verdad, algo de lo que Juliet sabía que se había apartado en la década transcurrida desde su muerte.

Se toqueteó el collar de perlas que llevaba al cuello. Dentro de cada perla había un granito de arena. Esa era la verdadera esencia de la perla, ¿no? Su belleza consistía solo en la pobre ostra intentando protegerse. De la arena. De la verdad.

Las ostras la hicieron pensar en Lester Pelling, el técnico auxiliar de programación, y Lester la hizo pensar en Cyril, con quien había trabajado durante la guerra. Cyril y Lester tenían mucho en común. Esa asociación de ideas la llevó a tirar de muchos otros hilos, hasta que finalmente regresó a Godfrey Toby. Todo estaba interconectado, era una gran red que se extendía a través del tiempo y de la historia. Pero a pesar de la conexión de la que hablaba Forster, Juliet pensaba que lo de cortar todos aquellos hilos y desconectarse tenía su qué.

Las perlas que llevaba al cuello no eran suyas, las había cogido del cuerpo de una muerta. La muerte también era una verdad, por supuesto, porque era un absoluto. «Pesa más de lo que parece, me temo. Vamos a levantarla a la de tres... Uno, dos, ¡tres!» Juliet se estremeció ante aquel recuerdo. Mejor no pensar en eso. Mejor no pensar en absoluto, proba-

blemente. Pensar siempre había sido su ruina. Apuró la taza y encendió otro cigarrillo.

El señor Moretti le hacía un café delicioso —«vienés»—, con nata y canela. La guerra también había acabado con eso, por supuesto, y el café que le ponían ahora en el Moretti era turco y más o menos imbebible. Lo servían en una taza como un grueso dedal y era amargo y granuloso, y solo se volvía pasable si le ponías varias cucharadas de azúcar. Europa y el Imperio Otomano en la historia de una taza. Juliet era la encargada de una serie para jóvenes titulada *Observar las cosas*. Sabía mucho de tazas. Las había *observado*.

Pidió otro café espantoso y, temiendo alentarle de alguna manera, intentó no mirar hacia el extraño hombrecillo en la mesa del rincón. La había estado observando a ratos desde que ella se había sentado, de una forma muy desconcertante. Como muchos otros en el café Moretti, lucía el aspecto desaliñado de la diáspora europea de la posguerra. Tenía además cierto aire de trago, como si lo hubieran hecho a base de restos. Podrían haberlo mandado del Departamento de Reparto para interpretar el papel de un desposeído. Un hombro jorobado, ojos como guijarros —ligeramente desiguales, como si uno hubiera resbalado un poco— y la piel llena de marcas, como si la hubieran acribillado a tiros. (Quizá había sido así.) «Las heridas de la guerra», pensó Juliet, y sintió cierta satisfacción ante el sonido de esas palabras en su cabeza. Podría ser el título de una novela. Quizá debería escribir una. Pero ¿no era acaso el empeño artístico el último refugio de quienes no se comprometían?

Juliet estaba considerando abordar al extraño hombrecillo con las formas educadas de una mujer inglesa —«Disculpe, ¿nos conocemos?»—, pese a estar bastante segura de que habría recordado a alguien tan raro, pero antes de que lograra decidirse el hombre se puso en pie bruscamente.

Estaba segura de que se acercaría a hablar con ella y se preparó para alguna clase de conflicto, pero él se dirigió hacia la puerta; Juliet reparó en que cojeaba, y en lugar de apoyarse en un bastón lo hacía en un gran paraguas plegado. Salió a la calle y desapareció. No había pagado, pero desde detrás de la barra el armenio se limitó a verlo marchar con actitud inusualmente impasible.

Cuando llegó su café, Juliet se lo tragó como si fuera una medicina, con la esperanza de que la reanimara para el asalto de la tarde, y luego contempló el poso en el fondo de la tacita, como una vidente. ¿Por qué Godfrey Toby se habría negado a saludarla?

Salía de un banco. Esa era antaño su tapadera: empleado de banco. Era ingenioso, la verdad, porque nadie quería ponerse a charlar con el empleado de un banco sobre su trabajo. Juliet pensaba entonces que alguien que parecía tan corriente como Godfrey Toby debía de ocultar un secreto —un pasado emocionante, una tragedia terrible—, pero con el tiempo llegó a darse cuenta de que su secreto era ser alguien corriente. En realidad, ese era el mejor disfraz, ¿no?

Como él habitaba el supuestamente anodino terreno de Godfrey Toby tan a conciencia, tan magníficamente, Juliet nunca había pensado en él como «John Hazeldine».

En su presencia lo llamaban «señor Toby», pero en realidad todos se referían a él como «Godfrey». No era indicio de familiaridad ni de intimidad, sino simplemente una costumbre que se había impuesto. Llamaron a su operación «el caso Godfrey», y en el registro había unos cuantos archivos que simplemente se llamaban «Godfrey», y no todos remitían adonde debían. Era la clase de cosa que ponía de los nervios a las reinas del registro, desde luego.

Se había hablado de trasladarlo al extranjero cuando se acabara la guerra. A Nueva Zelanda. O a algún sitio parecido, en todo caso. Sudáfrica, quizá. Para protegerlo, por si había represalias. Pero ¿no se arriesgaban todos a una u otra forma de castigo?

Y en cuanto a sus confidentes, los quintacolumnistas..., ¿qué pasaba con ellos? Se ideó un plan para controlarlos en tiempos de paz, pero Juliet no estaba segura de que hubiera llegado a ponerse en práctica. Sí sabía que se había tomado la decisión de dejarlos en la ignorancia después de la guerra. Nadie les habló de la duplicidad del MI5. Nunca supieron que los habían grabado con micrófonos insertados en el yeso de las paredes del piso de Dolphin Square al que acudían con impaciencia cada semana. Tampoco tenían la menor idea de que Godfrey Toby trabajaba para el MI5 y no era el agente de la Gestapo a quien creían estar ofreciendo información como traidores. Y les habría sorprendido mucho saber que, al día siguiente, una chica se sentaba ante una gran máquina de escribir Imperial en el piso de al lado y transcribía esas traidoras conversaciones, con original y dos copias al carbón cada vez. Y esa chica, por sus pecados, era Juliet.

Cuando la operación se dio por concluida a finales de 1944, les dijeron que Godfrey había sido depuesto y «evacuado» a Portugal, aunque en realidad lo habían enviado a París a entrevistar a oficiales alemanes capturados.

¿Dónde había estado desde el fin de la guerra? ¿Por qué había regresado? Y, lo más desconcertante de todo, ¿por qué habría fingido no reconocerla?

«Lo conozco», se dijo Juliet. Habían trabajado juntos durante toda la guerra. Por Dios, si hasta había estado en su casa, en Finchley, una vivienda con una sólida puerta de roble y una robusta aldaba de bronce en forma de cabeza de león. Una casa con cristales emplomados y suelo de parqué. Juliet

se había sentado sobre la gruesa felpa de su sólido sofá. («¿Puedo ofrecerle una taza de té, señorita Armstrong? ¿Serviría de algo? Hemos pasado un buen susto.») Se había lavado las manos con el jabón con aroma a fresa en su cuarto de baño, había visto el surtido de abrigos y zapatos que tenía en el armario del recibidor. Vaya, si incluso había vislumbrado el edredón de satén rosa bajo el que dormían él y la señora Toby (si es que esa persona había existido en realidad).

Y juntos habían cometido un acto espantoso, la clase de cosa que te une a alguien para siempre, te guste o no. ¿Por eso renegaba de ella ahora? («Dos terrones, ¿verdad, señorita Armstrong?») ¿O por eso había regresado?

«Tendría que haberlo seguido», pensó. Pero él le habría dado esquinazo. Se le daba bastante bien evadirse.